

PEUGNY, C. Pour une politique de la jeunesse. Seuil, Paris. 2022, p. 128.

Camille Peugny acaba de publicar su obra titulada *Pour une politique de la jeunesse* en la editorial Seuil. El autor es catedrático de sociología en la Universidad de Versailles-Saint Quentin-en-Yvelines, director de la Graduate School Sociología y Ciencia Política de dicha Universidad y redactor jefe de la revista *Travail et Emploi*. Es, asimismo, investigador en el laboratorio Printemps et investigador asociado en el centro CRESPPA-CSU. En sus investigaciones, se interesa particularmente por la estratificación y las desigualdades sociales, el trabajo y las clases sociales, las juventudes y las generaciones. Es autor, entre otros libros, de *Le déclassement* (2009) y *Le destin au berceau. Inégalités et reproduction sociale* (2013).

En la introducción de la presente obra, Peugny recuerda que “la juventud ha ocupado a menudo un lugar [de predilección] en los proyectos políticos que tenían la ambición de [cambiar] la sociedad” (p.9). Pero, desde hace dos décadas, la juventud es utilizada como pretexto para justificar las reformas llevadas a cabo por los gobiernos sucesivos, “sobre todo cuando aspiran a administrar unas recetas amargas y dolorosas” (p.9). Así, se reforma el sistema de pensiones, con el retraso de la edad de jubilación y el aumento del número de años de cotización para cobrar la pensión completa, en nombre de las nuevas generaciones. Bajo el mismo argumento, se reduce el gasto público a fin de reducir la deuda pública (pp.9-10).

No en vano, “la omnipresencia de la juventud en el discurso político contrasta con la ausencia de una verdadera política de la juventud” (p.10). De hecho, si bien existen unos dispositivos específicos destinados a la juventud o a segmentos de la misma, “no responden a una verdadera reflexión política sobre el lugar que conviene conceder a las nuevas generaciones en una sociedad envejecida” (p.10).

Se trata de un tema urgente, dado que una parte de la juventud se encuentra en una situación de urgencia social. En Francia, más de 100.000 jóvenes abandonan cada año el sistema educativo sin ningún título académico, lo que los condena a “una alternancia de periodos de empleo precario y de desempleo cuando la coyuntura se [deteriora]” (p.10). Y, para los jóvenes que gozan de un empleo, “la obtención de un empleo estable se retrasa constantemente en el tiempo, [demorando, en la misma proporción], el calendario de acceso a una verdadera autonomía e impidiendo cualquier proyección en el futuro” (p.10). De la misma forma, el público estudiantil proveniente de las clases populares, es especialmente vulnerable (p.11).

De manera general, los jóvenes franceses se distinguen de sus homólogos europeos por su pesimismo. El autor estima que “su mayor dificultad para proyectarse en el futuro está relacionada con las lagunas de las políticas públicas que se dirigen a ellos” (p.11). Lo cierto es que las políticas destinadas a la juventud son llevadas a cabo de manera errática y poco eficaz, sin dirección clara, excepto la que consiste en “una infantilización de una juventud mantenida en una dependencia familiar” (p.11).

En el primer capítulo, titulado *Los jóvenes y sus valores*, el autor constata que, según una serie de estudios, las cohortes nacidas en los años 1990 y a inicios de los años 2000 compartirían una serie de valores. “Serían particularmente sensibles a las cuestiones de sociedad, más abiertas y tolerantes que las generaciones precedentes, y más preocupadas por otros retos vinculados con el calentamiento climático” (p.20). A su vez, la elevación del nivel de calificación “se traduciría por unos comportamientos y unas actitudes cada vez menos autoritarias y etnocentradas” (p.21). Por ejemplo, en materia de inmigración, “los menores de 30 años son más proclives a subrayar sus efectos positivos” (p.21). Asimismo, “en las representaciones colectivas, los jóvenes están a menudo asociados a una mayor apertura hacia Europa y el mundo” (p.22). Y, a propósito de las preocupaciones medioambientales, “la movilización de los jóvenes a favor de la lucha contra el calentamiento climático y de la transición ecológica, es particularmente visible en los medios de comunicación” y los jóvenes se encuentran en la vanguardia de la lucha ecologista (p.23).

No en vano, conviene matizar “la tesis de una especificidad absoluta de la juventud en materia de valores”, dado que, “entre los 18-59 años, a pesar de algunos matices, la constatación es [la de] una relativa homogeneidad de las actitudes” (p.25). De la misma forma, Peugny insiste en la heterogeneidad “de los valores de los jóvenes (...) en función de su estatus respecto a los estudios y al empleo, y, entre los jóvenes con empleo, en función de la profesión ejercida” (p.26). En general, “entre los 18-29 años, los estudiantes, los cuadros y las profesiones intermedias se muestran significativamente más preocupados por las cuestiones medioambientales y más positivos sobre las consecuencias de la inmigración que los desempleados, empleados, obreros e inactivos” (p.28). De hecho, las diferencias entre los jóvenes obreros y cuadros en materia de preocupación medioambiental o de tolerancia hacia la inmigración son notables.

La relación de los jóvenes a la política es a menudo evocada de manera negativa e incluso despectiva. Los datos indican que “el interés declarado por la política y la participación electoral aumenta con la edad”, puesto que el ciclo de vida y la edad inciden en la relación a la política (p.29). “Los jóvenes ciudadanos pasan por un periodo de moratoria política durante la cual toman el tiempo de construirse, incluso políticamente” (p.29). No en vano, para los jóvenes actuales, “esta relativa distancia con la participación política convencional no parece ser el signo de [una] desconfianza acrecentada hacia la democracia” (p.29).

Sin embargo, los jóvenes se caracterizan, en mayor medida, por una ciudadanía distante (Tiberj, 2017). Se distinguen por un conocimiento de los retos políticos y por una amplia insatisfacción hacia el juego político clásico y la oferta electoral vigente. Se trata de ciudadanos más exigentes, “porque cada vez más formados y, por lo tanto, capaces de decodificar los discursos y los actos de la escena política que aparece ampliamente incapaz de responder a los desafíos económicos, sociales (...) medioambientales” (p.30). Manifiestan cierta predilección hacia formas de participación menos convencionales, “lo que no impide una fuerte participación electoral (...) cuando una elección se estructura en torno a un reto identificado como importante” (p.30). En otras palabras, emerge, en el seno de la juventud, “una nueva relación a la ciudadanía y a la política, más exigente y más crítica” (p.30).

Aunque ciertos estudios subrayen las especificidades de la relación al trabajo de la generación Y, la mayoría de las encuestas cuantitativas relativizan estas peculiaridades. En cambio, unos trabajos más cualitativos “han permitido poner en evidencia algunos [rasgos en cuanto a] la relación al trabajo de las diferentes generaciones, especialmente entre los trabajadores de ejecución” (p.32). En el mundo obrero, por ejemplo, “los jóvenes se encuentran más apegados a su empleo, en un contexto de fuerte desempleo, que al contenido del trabajo (...). Asimismo, los jóvenes obreros se muestran más apegados a la separación entre el espacio profesional y el espacio privado” (p.32). Por último, se dicen más abiertos a las innovaciones gestoras que transforman su oficio (p.32).

En el segundo capítulo, que se interesa por el auge de la precariedad, el sociólogo galo constata que, a partir de los años ochenta, los observadores centran sus análisis en las dificultades económicas a las que se enfrentan los jóvenes. “El continuo y rápido auge del desempleo que acompaña los dos choques petrolíferos y el fin del periodo de fuerte crecimiento de los Treinta Gloriosos (1945-1975) fragilizan considerablemente la transición entre el fin de los estudios y la inserción en el mercado laboral” (p.39). El incremento del desempleo juvenil es de tal magnitud que conduce a la creación de una nueva categoría estadística.

Poco a poco, la reflexión sobre “la suerte de las nuevas generaciones supera la sola cuestión de la entrada en la vida activa para extenderse a otras dimensiones” (p.40). Pasa de interesarse por la juventud como clase de edad a centrarse en las diferentes cohortes y generaciones. Estos estudios dibujan un panorama oscuro para los jóvenes nacidos en los años noventa y 2000, “cuyas trayectorias se ven afectadas por el aumento del desempleo, la precarización del trabajo y la bajada del salario” (p.41).

Lo cierto es que “el desempleo juvenil constituye un fenómeno estructural cuyos efectos se hacen sentir desde hace décadas. (...) Desde el inicio de los años ochenta, la tasa de desempleo de los jóvenes activos es siempre superior al 15% y raramente inferior al 20%” (pp.49-50). Además, “es siempre dos a tres veces más elevado que aquel observado en el resto de la población activa” (p.50). Más allá, “las condiciones de empleo se deterioran netamente para aquellos [jóvenes] que ejercen una actividad profesional” (p.50). En 2019, entre los menores de 25 años, más de la mitad ejerce una actividad en contrato definido, de forma temporal, en contrato subvencionado o en aprendizaje, cuando “esta proporción era de menos del 20% a inicios de los años ochenta” (p.51).

En el tercer capítulo, que aborda la cuestión de una generación fracturada por las desigualdades, el autor recuerda que la juventud es muy heterogénea. En lo que se refiere a los estudiantes, representan el 40% de una clase de edad, es decir una proporción similar a aquella de los activos con empleo, mientras que el 12% se hallan desempleados y el 8% inactivos (p.64). Esta media varía notablemente en función del género, del origen social y del tamaño del área urbana de residencia.

Todo ello se produce en un contexto en el cual “la masificación escolar, es decir el aumento de la tasa de escolarización a todos los niveles del sistema educativo, ha transformado considerablemente la sociedad francesa desde los años sesenta” (p.65). En la actualidad, “las desigualdades cuantitativas de acceso a los diferentes niveles del sistema educativo han sido sustituidas por unas desigualdades cualitativas vinculadas a la naturaleza de la carrera elegida” (p.69). En otras palabras, se ha producido una democratización segregativa.

Simultáneamente, una parte no desdeñable de la juventud abandona el sistema educativo de manera prematura. Además, su inserción profesional se ha fuertemente deteriorado y la forma privilegiada de insertarse en el mundo laboral consiste en recurrir a dispositivos especializados de inserción profesional.

A todo ello, se añade un estancamiento de la movilidad social desde los años ochenta. El origen social de los jóvenes continúa jugando un papel relevante en su trayectoria profesional. El título académico no es lo único que se transmite entre generaciones, ya que la solidaridad intergeneracional se incrementa a medida que crecen las dificultades de los jóvenes (p.82). Esta solidaridad familiar incrementa las desigualdades que fracturan las nuevas generaciones. Es el caso de las transferencias financieras intrafamiliares que influyen notablemente en la capacidad de las nuevas generaciones a convertirse en propietarias (p.83).

En el cuarto capítulo, titulado Más Estado, menos familia, Peugny constata que, desde hace dos décadas, unos trabajos comparativos han permitido mejorar nuestra comprensión de la especificidad francesa en Europa, dado que otros países han hecho elecciones alternativas. “En las primeras décadas del siglo XX, la juventud empieza a aparecer como una categoría [susceptible] de ser objeto de una política particular” (p.86). Bajo el Frente Popular, “la juventud depende de la subsecretaría de Estado confiado a Léo Lagrange” (p.87). Durante la Segunda Guerra Mundial, el régimen colaboracionista de Vichy va más allá creando una secretaría general a la Juventud a partir

de 1940. Y, “desde inicios de la V República, en los gobiernos sucesivos, la juventud es generalmente relegada relativamente lejos en el orden protocolario” (p.88).

Esto se compagina con la creación de una serie de dispositivos destinados a la juventud o a segmentos determinados de ese colectivo. Esta multiplicación de mecanismos se convierte rápidamente en ilegible, tanto para los jóvenes como para los profesionales del sector (p.88). Estos dispositivos proliferan “a medida que se agravan las lagunas de un modelo de protección social construido después de la Segunda Guerra Mundial para responder a los principales riesgos sociales asociados a unas trayectorias profesionales y vitales relativamente estables y previsibles” (p.88). El menor está protegido en razón de su pertenencia a una familia y, posteriormente, el joven adulto se beneficia de los derechos asociados al trabajo. Pero, “cuando la familia se transforma, el empleo se convierte en endémico y el trabajo se precariza”, es preciso crear una serie de mecanismos que derogan al régimen general, creando una sistema ilegible y sumamente complejo (pp.88-89). Ante esta situación, el autor echa en falta “una concepción política e incluso filosófica de la juventud, la cual podría fundamentar una verdadera política de la juventud, a través de la construcción de un sistema más simple y más universal que se apoye en algunos grandes principios” (p.89).

Desde el inicio del nuevo milenio, “un cierto número de trabajos comparativos se han interesado por la manera según la cual los jóvenes accedían a la autonomía y a la edad adulta en Europa” (p.90). Sus conclusiones demuestran hasta qué punto existen unos modelos diferentes para acompañar los individuos a lo largo del periodo que separa el final de la escolaridad de la plena autonomía” (p.90). En Dinamarca, por ejemplo, “si los jóvenes abandonan precozmente el hogar parental, es porque la educación transmitida a los niños valoriza esta autonomía precoz, pero también porque una fuerte intervención del Estado procura a los jóvenes los medios [necesarios]. Un sistema de bonos mensuales de formación, concedidos de manera universal, constituye un salario estudiantil directo que levanta los frenos a la continuidad de los estudios. La flexibilidad de su uso permite realizar vaivenes entre formación y mercado laboral, facilitando su inserción” (pp.90-91). Siguiendo esta filosofía, el sociólogo francés aboga para que “el tiempo de la juventud pueda ser el de las experimentaciones, los ensayos, los errores, las posibles vueltas atrás, las segundas y terceras oportunidades” (pp.91-92).

De hecho, el Estado de bienestar puede promover el acceso de los jóvenes a la autonomía financiera favoreciendo su acceso al empleo. Puede, igualmente, ayudar los jóvenes concediéndoles unos recursos financieros. En cualquier caso, el autor considera necesario desfamiliarizar el tiempo de la juventud y contemplarla como una edad frágil de la vida que requiere “una intervención decidida de la potencia pública para acompañar los jóvenes en el camino hacia la autonomía y la realización personal” (p.98). Esto implica, por ejemplo, extender la RSA a los menores de 25 años. “Se trata de una red de protección mínima que evitaría improvisar unos dispositivos puntuales ilegibles en cada crisis” (p.102). Asimismo, el fortalecimiento de la garantía joven, experimentada desde 2013 en Francia, permitiría proponer un acompañamiento personalizado e intensivo a jóvenes de entre 16 y 25 años, favoreciendo la experiencia profesional y el aprendizaje (p.103).

En el apartado de conclusiones, el autor estima que la crisis del coronavirus permite extraer cinco conclusiones: 1) la sociedad francesa tiene dificultades para comprender, de manera matizada, las cuestiones vinculadas con la juventud y, más generalmente, con las generaciones; 2) es preciso manejar el análisis generacional con prudencia, guardando en mente que las generaciones están fracturadas por las desigualdades sociales; 3) las consecuencias de la pandemia nos alertan sobre la situación difícil que deberán afrontar los menos cualificados en el futuro; 4) el tiempo de la juventud no puede ser el de una carrera para la obtención de títulos académicos vivida con la angustia de la inserción profesional; y, 5) Francia carece de una verdadera política de juventud (pp.106-107).

Por lo cual, el sociólogo galo propone una reorientación de la política de la juventud inspirándose en los países nórdicos, lo que implica una fuerte inversión estatal. Propone considerar los jóvenes como “unos individuos autónomos que acceden a la ciudadanía social y a la ciudadanía política” (pp.107-108). Sobre la base de esta concepción, unos dispositivos universales y legibles deberían ser construidos para acompañar los jóvenes hasta su emancipación, persiguiendo un doble objetivo: evitar un incremento de las desigualdades socioeconómicas entre las generaciones y reducir las desigualdades que fracturan la juventud (p.108).

Al término de la lectura de *Pour une politique de la jeunesse*, es obvio reconocer la actualidad del objeto estudiado y la imperiosa necesidad de elaborar e implementar una política de la juventud de cara a acompañar los jóvenes en su trayectoria vital, escolar y profesional hacia su plena autonomía. Para ello, el autor realiza un diagnóstico pormenorizado de la juventud, basándose en los innumerables trabajos consagrados a ese tema tanto en Europa como en Estados Unidos, y de las políticas destinadas a ese colectivo, llevadas a cabo en varios países del Viejo Continente. A partir de ese diagnóstico, propone una serie de principios susceptibles de fundamentar una verdadera política de la juventud. No en vano, se echa en falta una mayor precisión en las soluciones propuestas y una sistematización superior del enfoque elegido.

A pesar de ello, la lectura de esta obra se antoja ineludible para mejorar nuestra comprensión de la juventud y de las políticas públicas destinadas a ese colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

- PEUGNY, C. (2009): *Le déclassement*. Paris: Grasset.
- PEUGNY, C. (2013): *Le destin au berceau. Inégalités et reproduction sociale*. Paris: Seuil.
- PEUGNY, C. (2022): *Pour une politique de la jeunesse*. Paris: Seuil.
- TIBERJ, V. (2017): *Les citoyens qui viennent. Comment le renouvellement générationnel transforme la politique en France*. Paris: PUF.

Eguzki Urteaga

Universidad del País Vasco (UPV-EHU)

eguzki.urteaga@ehu.eus